

EL BENEFICIO DE LA DUDA

Stanley Ellin

--Traducción de Mario Arrubla--

Mr Willoughby encontró un asiento libre en el coche salón del tren y prestamente se acomodó en él. Hasta aquí, pensó agradecido, las vacaciones eran todo un éxito. Ni un asomo de los dolores de cabeza que tanto lo atormentaran durante el último año. Ni rastros del aro de hierro que le oprimía el cráneo, del martillo que se lo golpeaba, del taladro que se lo perforaba.

“Tensión nerviosa”, había dicho el médico. “Físicamente usted está perfectamente sano, pero se pasa el día en su escritorio cavilando en un problema tras otro hasta que la mente, como un muelle presionado, está a punto de saltar. Luego se lleva los problemas a casa y les sigue dando vueltas hasta la extenuación. No duerme bien, ¿verdad?”

Mr Willoughby admitió que no dormía bien.

“Me lo imaginaba”, dijo el médico. “Bien, sólo veo una solución. Unas vacaciones. Y hablo de unas verdaderas vacaciones, en que se aparte de las preocupaciones diarias. Aísle la mente de todos los asuntos prácticos. No deje que nada penetre en ella, salvo conversaciones ociosas. No piense en ningún problema. No haga ni siquiera un crucigrama.

Cierre los ojos y escuche el mundo alrededor. Eso lo resolverá todo”, le aseguró.

Y eso lo había resuelto todo, como Mr Willoughby se dio cuenta desde el primer día de ese tratamiento. Y todavía tenía por delante semanas de tranquilo descanso. Por supuesto, no siempre era fácil apartar las cosas perturbadoras que le venían a la mente. Por ejemplo, había un periódico en la mesa de fumar cerca de la silla donde ahora estaba sentado, con un titular que mostraba las palabras “*NUEVA CRISIS EN...*”. Mr Willoughby desvió la mirada apresuradamente y metió el periódico en el entrepaño debajo de la mesa. Un triunfo menor, pero gratificante.

Estaba contemplando las ondulaciones del paisaje afuera de la ventana, contando soñador los postes que iban pasando, cuando de pronto tomó conciencia de una voz cercana. Un lado de su silla daba contra el respaldo de la de su vecino, un hombre robusto de cabellos blancos que charlaba animadamente con un compañero. La voz, aunque no alta, era penetrante; recordaba la voz de un consumado actor cuyos susurros podían oírse claramente desde la galería. Incluso si uno no era dado a escuchar las conversaciones ajenas, resultaba imposible no oír cada palabra. Mr Willoughby se puso a escuchar deliberadamente. Se trataba de una conversación erudita sobre cuestiones legales; el hombre robusto era aparentemente un abogado de vasta

experiencia y notable memoria; esta combinación sonó en los oídos de Mr Willoughby como una música de cámara interpretada por manos expertas.

Luego, de repente, sus orejas se pararon como las de un terrier. “¿El caso más interesante en que he trabajado?” estaba diciendo el hombre robusto en respuesta a una pregunta de su compañero. “Bien, hay uno que yo considero no sólo como el más interesante que he conocido, sino que hubiera desconcertado a cualquier sabio en leyes, incluido el mismo Salomón. Es el caso más extraño, más fantástico, más endemoniado que encontré en mi carrera. Y la manera en que terminó –la verdadera sorpresa después de que se suponía cerrado– es capaz de hacer caer a un hombre de su asiento. Pero déjeme que se lo cuente tal como aconteció”.

Mr Willoughby se escurrió en la silla, apoyó sus talones en el piso, y subrepticamente acortó el espacio entre su silla y la de su vecino. Con las piernas extendidas, los ojos cerrados y los brazos apaciblemente cruzados sobre el pecho, era la perfecta imagen de un hombre profundamente dormido. En realidad, nunca había estado más despierto en toda su vida.

Por hábito profesional –dijo el hombre robusto– no voy a usar los nombres reales de ninguna de las personas involu-

cradas, a pesar de que esto tuvo lugar hace algún tiempo. Es comprensible si se tiene en cuenta que implica un asesinato por dinero, planeado con inteligencia, ejecutado de manera impecable, e ideado como una burla de todo lo que está escrito en los textos legales.

La víctima –llamémosle Hosea Snow- era el hombre más rico de nuestro pueblo. Un hombre anticuado –lo recuerdo llevando sombrero hongo y cuello duro en los días más calientes del verano–, era dueño del banco, del molino, y de algunos otros negocios locales. Para nadie era un secreto la enormidad de su riqueza. Ascendía a cerca de dos millones de dólares el día de su muerte. Teniendo en cuenta la baja tributación en la época, y lo que podía comprarse con un dólar, es fácil ver por qué su riqueza era considerada fabulosa.

Su únicos familiares eran dos sobrinos, Ben y Orville, hijos de un hermano. Eran la rama pobre de la familia, podría decirse. Cuando el padre y la madre murieron, todo lo que esos sobrinos heredaron fue una casa vieja y ruinoso, donde vivían juntos.

Ben y Orville eran, por entonces, dos muchachos guapos, de más o menos veinticinco años. Con sus rostros tersos, sus rasgos regulares, su buen porte y estatura, podrían haber sido mucho más populares si no hubieran optado deliberadamente por mantenerse aparte de la gente. No es que

fueran antipáticos –cada vez que uno los encontraba en la calle sonreían y saludaban muy corteses–, pero parecía que se bastaban a sí mismos. Hoy por hoy se habla mucho de rivalidades entre hermanos y de complejos fraternales, pero eso nunca se aplicó a ellos.

Trabajaban en el banco de su tío, pero lo hacían con desgana. A pesar de que sabían que cuando Hosea muriera todo su dinero sería repartido entre ellos dos, esa perspectiva no los motivaba aparentemente. Hosea era uno de esos seres curtidos, resistentes, que parece que fueran a durar por siempre. Esperar la herencia de una persona así puede ser una ingrata experiencia, pero no cabe duda de que los dos muchachos habían estado pensando en esa herencia desde el día que conocieron el valor de un dólar.

Lo que a ellos parecía interesarles, entre tanto, era algo completamente diferente del banco y el dinero –algo que el mismo Hosea no podía entender ni mirar con simpatía, como me dijo en más de una ocasión. Querían ser compositores de canciones y, por lo que sé, tenían para ello algún talento. Siempre que en el pueblo había una fiesta, Ben y Orville participaban con algunas canciones compuestas por ellos mismos. Nunca se supo cuál hacía las letras y cuál la música, y este era uno de los pequeños misterios sobre los que se entretenía la gente. Usted puede juzgar el tamaño y la

disposición del lugar cuando un detalle baladí como este era motivo de conversaciones.

Pero la situación cambió el día en que Hosea Snow fue encontrado muerto en su amplia casa, con un agujero de bala exactamente en mitad de la frente. Me enteré por una llamada telefónica que me sacó de la cama temprano en la mañana. Era el fiscal del condado diciéndome que Ben Snow había asesinado a su tío durante la noche y se encontraba detenido, y pidiéndome que acudiera a la prisión lo más pronto posible.

Corrí a la prisión a medio vestir y encontré a Ben encerrado en una celda, leyendo un periódico, aparentemente indiferente al hecho de que pudiera esperarlo un tablado con una trampa, y una cuerda alrededor del cuello.

“Ben”, dije, “tú no lo hiciste, ¿verdad?”

“Ellos dicen que sí”, dijo en tono imparcial.

No sé qué me asombró más –si lo que dijo o la despreocupación con que lo dijo.

“¿Qué quieres decir?” le pregunté. “Y ojalá tengas algo bueno que contarme, porque estás metido en un grave aprieto”.

“Bien”, dijo, “en medio de la noche la policía y el fiscal del condado llegaron a la casa donde vivimos Orville y yo, porque nuestro tío Hosea había sido asesinado, y después

de conversar un rato ellos dijeron que yo lo había hecho. Cuando me cansé de oír sus acusaciones les dije, okey, yo lo hice”.

“¿Eso significa”, pregunté, “que tienen pruebas contra ti?”

Sonrió. “En el tribunal se verá”, dijo. “Todo lo que usted tiene que hacer es llamar a Orville como mi testigo en el juicio, y no va a haber problema. Yo no voy a atestiguar por mí mismo, así que no pueden contrainterrogarme. Pero usted no se preocupe. Orville se encargará de todo”.

Una oscura y terrible aprensión se insinuó en mi mente, pero no me paré a considerarla. “Ben”, dije, “¿tú y Orville han estado leyendo libros de leyes?”

“Hemos mirado algunos”, admitió. “Son muy interesantes” –y eso fue todo lo que pude sacarle. Conseguí todavía menos de Orville cuando fui al banco y traté de hablarle sobre su testimonio.

Teniendo en cuenta todo esto, puede imaginarse mi estado de ánimo cuando finalmente llegó el juicio. Era el acontecimiento más sensacional que había ocurrido en el pueblo; el juzgado estaba lleno a rebosar, yo estaba en medio de todo aquello sin idea de lo que podría hacer por Ben, y Ben se mostraba completamente indiferente. Me sentía enfermo de desagrado cada vez que tenía ante mí el rostro sonriente y petulante del acusador. No que yo pudiera culparlo por parecer como el gato que se va a comer al

canario. El crimen era un hecho brutal, él y la policía lo habían aclarado en un santiamén, y el hombre tenía en sus manos un caso contundente.

En su primera intervención ante el jurado les ofreció todas las bases para un juicio rápido. El motivo era obvio: Ben Snow podía heredar un millón de dólares con la muerte de su tío. El arma estaba allí en el escritorio del juzgado donde todos podían verla: una vieja pistola que había pertenecido al padre de Ben Snow y que fue encontrada –un bala disparada recientemente con ella– en la cocina donde Ben y Orville estaban tomando café cuando llegó la policía a la casa. La confesión firmada por Ben ante testigos resolvía el caso más allá de toda duda.

Lo único que yo podía hacer era confiar ciegamente en Ben y hacer lo que él me había pedido. Hice llamar a Orville Snow como mi primer testigo –mi único testigo por lo demás, según parecía– y después, sin la menor idea de lo que él iba a decir, lo puse en el estrado. Hizo el juramento, se sentó, se alisó los pantalones, y me miró con la misma calma despreocupada que su hermano había mostrado durante todo este terrible asunto.

Como usted ve, yo sabía tan poco sobre lo sucedido que ni siquiera se me ocurría una buena pregunta para abrir el interrogatorio. Finalmente, tomé el toro por los cuernos y

dije, "¿Podría decirle al jurado dónde estaba usted la noche del crimen?"

"Con gusto", dijo Orville. "Yo estaba en la casa de mi tío Hosea con una pistola en la mano. Si los que me interrogaron me lo hubiera preguntado antes de que empezaran a incordiar a Ben con esto, yo podría habérselos dicho de inmediato. En realidad, yo fui el que lo mató. Yo solo".

¡Imagínese la sensación en el tribunal! Y en medio del alboroto vi a Ben reclamando mi atención con señas vivaces. "Ahora, sea lo que sea", me susurró, "no pida que detengan este juicio. Tiene que pasar ahora mismo al jurado, ¿entiende?"

Entendí, por supuesto. Yo había tenido mis sospechas todo el tiempo, pero en consideración a su índole no había querido atenderlas. Ahora estaba seguro, y por más que en ese momento detestara a Ben y Orville, no podía dejar de admirarlos en algún grado. Y fue ese grado de admiración lo que me llevó a seguirle el juego a Ben, y claro, la petulancia del fiscal, que ahora aparecía abatido, esperando que yo pidiera la detención del juicio. Así que me dirigí a Orville en el estrado y le pedí que continuara con su historia, como si nada espectacular hubiera ocurrido.

Se desenvolvió como un maestro. Se remontó atrás, en el pasado, cuando el ansia por el dinero de su tío empezó a correr por sus venas y a dominar su voluntad como una

droga, y luego entró en detalles sobre las circunstancias del crimen mismo. Al término de su declaración los miembros del jurado estaban como hipnotizados, y para que el trabajo fuera completo concluí mi discurso de cierre recordándoles que todo lo que ellos necesitaban para encontrar inocente a un hombre era una duda razonable sobre su culpa.

“Esa es la ley en este estado”, les dije. “Duda razonable. Es exactamente lo que ustedes deben estar sintiendo después de haber oído a Orville Snow confesar que él solo cometió el crimen de que su hermano ha sido acusado”.

La policía detuvo a Orville inmediatamente después de que fue emitido el veredicto de “No Culpable”. Yo fui a visitarlo esa misma noche en la pequeña celda donde había estado Ben, y ya sabía lo que iba a decirme.

“Ben es mi testigo”, dijo. “Simplemente, no me llame a mí al estrado de testigos, y déjelo hablar a él”.

Le dije, “Uno de ustedes dos mató al tío, Orville. ¿No crees que, como abogado tuyo, yo debería saber quién fue?”

“No, no lo creo” dijo Orville en tono amable.

“Estás confiando demasiado en tu hermano”, le dije. Ben está ahora libre y sin cargos. Si decide no testimoniar en tu favor de la manera que tú hiciste por él, recibe dos millones de dólares y tú vas a la horca. ¿Eso no te preocupa?”

“No”, dijo Orville. “Si eso nos preocupara no hubiéramos hecho nada, para empezar”.

“Muy bien”, dije, “si así lo quieres. Pero dime una cosa, Orville, sólo por curiosidad. ¿Cómo decidieron cuál de ustedes mataría a Hosea?”

“Cortando una baraja”, dijo Orville. Y no dijo más.

Si el juicio de Ben había sido un acontecimiento en el pueblo, el de Orville hizo venir gente de todo el país. Esta vez fue el fiscal el que parecía enfermo cuando enfrentaba a ese gentío. Intuía lo que se venía, sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Más que eso, estaba honestamente indignado ante lo que consideraba una burla obscena de la ley. Ben y Orville habían encontrado una fisura en la ley, y estaban a punto de escurrir el bulto a través de ella. Un jurado no podía condenar a un hombre si había una duda razonable sobre su culpa; un hombre no podía ser juzgado de nuevo por un crimen cuando un jurado lo había absuelto una vez; ni siquiera era posible procesar a los dos muchachos por conspiración para cometer un crimen, porque ese era un cargo menor dentro de la acusación por asesinato, y esta acusación lo cubría. Era como para hacer morir de frustración a cualquier fiscal.

Pero este fiscal fue capaz de contenerse hasta que Ben terminó de contar su historia al jurado. La contó con todo detalle, al igual que Orville lo había hecho en el primer juicio. Lo hizo de manera tan gráfica que casi se podía ver el cuarto en que él estaba con su tío, el fogonazo del disparo

que le daba muerte al viejo, el cuerpo que caía al piso. El jurado escuchaba fascinado, y el fiscal se mordía las uñas hasta hacerlas sangrar. Luego, enfrentando a Ben, explotó.

“Eso es una monstruosa mentira”, aulló. “Como puede usted ser inocente un día, y culpable al siguiente?”

Ben alzó las cejas. “Yo nunca le he dicho a nadie que fuera inocente”, exclamó indignado. “En ningún momento he negado mi culpa”.

Eso era irrefutable. No había nada en las actas que lo desmintiera. Y yo nunca me sentí tan seguro –ni tan apenado– como cuando recapitulé el caso para el jurado. Me tomó sólo un minuto, la recapitulación más corta de mi carrera.

“Si yo estuviera sentado entre ustedes en esa cabina del jurado”, dije, “sé qué estaría pensando. Un odioso crimen ha sido cometido, y uno de los dos hermanos presentes en esta sala lo cometió. Pero puedo jurar que ignoro cuál fue, tanto como ustedes lo ignoran, y, lo quisiera o no, tendría que pronunciar un veredicto de No Culpable”.

Era todo lo que necesitaban los miembros del jurado. Emitieron su veredicto incluso más rápidamente que el jurado en el caso de Ben. Y yo tuve el dudoso placer de ver a los dos jóvenes, uno de ellos culpable de asesinato, salir sonrientes de la sala. Como dije, yo los detestaba, pero me producían también una especie de irritada admiración. Se lo

habían jugado todo a su lealtad mutua, y esa lealtad había demostrado ser a prueba de fuego...

El hombre robusto calló. Desde su lado llegó el sonido del frotar de una cerilla, y luego una voluta despedida por un fino cigarro flotó ante la nariz de Mr Willoughby. Era como el aroma corrosivo del presente disolviendo la trama fascinante del pasado.

“Sí, señor”, dijo el hombre robusto, y había un fondo de melancolía en su voz, “usted tiene que buscar mucho para encontrar un caso como este”.

“¿Quiere decir”, preguntó su compañero, “que los muchachos se salieron con la suya? ¿Que encontraron el modo de cometer el crimen perfecto?”

El hombre robusto dio un resoplido de desaprobación. “¿Crimen perfecto? ¡Esas son pamplinas! Es ahora cuando llega la sorpresa final, inverosímil. ¡No se salieron con la suya!”

“¿No?”

“Por supuesto que no. Cuando ellos... –¡santos cielos! ¿no es esta nuestra estación?”, exclamó de repente el hombre robusto, y segundos después pasó ante los pies extendidos de Mr Willoughby, maletín en mano, abrigo doblado en el brazo, con su compañero siguiéndolo.

Mr Willoughby permaneció un momento paralizado en su asiento, los ojos muy abiertos, la boca seca, el corazón palpitante. De pronto se puso de pie de un salto –pero era demasiado tarde, los dos hombres habían desaparecido del vagón. Dio algunos pasos en la dirección que habían tomado, se dio cuenta de que era inútil, luego corrió a una ventanilla del lado de la estación.

El hombre robusto estaba abajo en el andén casi al frente de él, abotonándose el abrigo, y hablándole a su compañero. Mr Willoughby hizo un gran esfuerzo para levantar la ventanilla, pero no logró moverla. Ni eso lo hizo cejar en su empeño frenético. Golpeó el cristal con sus nudillos, fuerte y repetidamente, y el hombre robusto lo miró.

“¿C-ó-m-o?” gritó Mr Willoughby a través de la ventanilla cerrada, y vio con horror que el hombre robusto no le entendía. Tuvo una inspiración. Formó una pistola con la mano, apuntó con un dedo extendido al hombre robusto y con otro dedo martilló sobre el imaginario cartucho. “¡Bang!”, gritó. “¡Bang, bang! ¿C-ó-m-o?”

El hombre robusto lo miró un momento con asombro, luego se volvió hacia su compañero y, llevándose el índice a la sien, hizo un lento movimiento circular. Así lo vio por última vez Mr Willoughby mientras el tren lentamente, y luego con velocidad creciente, se alejaba de la estación.

Fue después de apartarse de la ventanilla cuando Mr Willoughby tomó conciencia de dos cosas. Una, que todos los ocupantes del coche salón lo miraban atónitos. Otra, que un aro de hierro le apretaba la cabeza, que pequeños martillos se la golpeaban, y que un barreno empezaba a perforársela.

Iban a ser, pensó con desesperación, unas vacaciones espantosas.

(Título original: 'Unreasonable Doubt'. Publicado en septiembre de 1958 en *Ellery Queen's Mystery Magazine*, e incluido en antologías como *The Speciality of the House* -1979).

